

VIDA DEL HERMANO MIGUEL ESCRITA EN 1911

Nativo de Cuenca, ciudad episcopal (Ecuador), de nuestra comunidad de Premiá de Mar (España), fallecido el 9 de febrero de 19, a los 56 años de edad, 42 de vida religiosa y 28 de profesión perpetúa.

Tan respetable como distinguida y profundamente cristiana era la familia de este querido cohermano. Dios permitió que naciera con los dos pies tullidos, pero en cambio fue dotada esta alma de facultades poco comunes y una visible tendencia a la virtud, que la cultivó desde su tierna infancia.

Una de las primeras comunidades establecidas en el Ecuador, siendo el ilustre Presidente García Moreno que trajo a nuestros hermanos, una de ellas la de la ciudad de Cuenca. Este niño jubilosamente llegaba entre los primeros a sus clases apenas había terminado el desayuno en su familia. Sus nuevos maestros no tardaron mucho en descubrir y apreciar las virtudes incipientes y las raras disposiciones intelectuales de su joven alumno.

Preludiando desde ya su futura misión, el piadoso estudiante ejercía tal ascendiente sobre compañeros, que le dieron el nombre de santo, una influencia notoria y al mismo tiempo se había ganado el aprecio y estima de sus maestros. Quería ser como uno de ellos, y es al inicio de su adolescencia que manifestó la intención. A pesar de las dificultades debidas a la oposición de su padre, las mismas que venció a fuerza de novenas al arcángel San Miguel, a quien le tenía una particular devoción y cuyo nombre llevaría en la vida religiosa.

Su piadoso deseo fue realizado cuando entró en 1968 al Noviciado de Cuenca, transferido después a Quito, en donde poco después, fue revestido del santo hábito y recibió el nombre de Hermano Miguel. Comenzó su ministerio de educador, en la misma ciudad y sus primeros alumnos fueron sus compañeros de clase del año precedente. Después de un año de práctica, la obediencia lo llamó a Quito. Dedicado de lleno a sus funciones profesionales, el joven maestro continúa en sus estudios. Aún no cumplía diecisiete años cuando publicó un primer ensayo de gramática escolar. Poco tiempo después, el Consejo de Instrucción pública le encargó la composición de un texto de gramática que pudiera servir a las escuelas y colegios de la República; está todavía en uso actualmente, y particularmente apreciada de todos los lingüistas y profesores de América del Sur.

Como maestro, nuestro querido cohermano tenía el don de hacerse apreciar y respetar de sus alumnos, gracias a su virtud, su exquisita cortesía, su saber a toda prueba. Buscaba ante todo la buena moral reflejada a través del cuidado que ponía cuando hacía las reflexiones y la catequesis cotidianas, y por una vigilancia a toda prueba. Practicaba a la letra las prescripciones de nuestras santas Reglas y la Guía de las escuelas, y sus procedimientos eran siempre dignos, propios de un verdadero y responsable educador. También su permanente preocupación eran ampliamente recompensada por los frutos abundantes: piedad, docilidad, huida de las malas compañías, aplicación al trabajo, etc. Numerosas son las vocaciones eclesiásticas y religiosas que Dios ha suscitado entre sus discípulos; los obispos actuales de Cuenca e Ibarra se glorían de haber sido de su número.

El Carísimo Hermano Miguel era un profesor instruido y metódico. Daba sus lecciones con una claridad, lucidez y abnegación que asegura el éxito de sus alumnos en los diferentes exámenes. Era una verdadera satisfacción, para los altos funcionarios de gobierno, directores, profesores de los diversos colegios de la capital, asistir a los exámenes públicos de fin de año; los elogios no se hacían esperar provenientes del brillante profesor e inteligente examinador. Pero lo que era más glorioso a los ojos de Dios, era la misión de preparar los niños de Quito por más de treinta años a la primera comunión; servicio en el cual se constituyó en el mejor auxiliar del clero.

Nunca se ponderará el cuidadoso trabajo que ponía nuestro digno cohermano para preparar a las almas a este acto tan importante. En donde se fusionaban su experiencia y su sólida instrucción religiosa, empleaba escrupulosamente un tiempo considerable a preparar el catecismo. Enseñaba a sus queridos neófitos, varios meses antes, la manera de confesarse, de examinar su conciencia y excitarse a la contrición. Durante los tres días que precedían inmediatamente, a la bella fiesta, reunía a los niños en un retiro preparatorio, y allí, con sus entrevistas y conferencias, les ayudaba a purificar más y más su corazón antes de recibir por primera vez al Cordero inmaculado. No era raro ver a los niños durante el retiro llorar emotivamente y expresar su dolor de haber pecado, cuando el virtuoso maestro les hablaba de la contrición.

Una de las estrategias de su celo consistía en entregar un pequeño cuaderno en el cual escribían día a día sus impresiones y resoluciones. Terminado el retiro, todos estos cuadernos eran cuidadosamente recogidos. Poco a poco este valeroso catequista se informaba y transcribía en un registro especial los pasajes más impactantes, los que le parecían ser inspiración directa del Espíritu Santo. Una vez que estos cuadernitos habían sido leídos y transcritos, los devolvía a los niños que recibían al mismo tiempo una imagen, una medalla o algún otro objeto piadoso, como recuerdo del retiro de la primera comunión. A menudo los sacerdotes, religiosos, venían a suplicarle a su antiguo maestro, que les concediera el favor de entregarles una copia de este precioso registro, de algunas de las notas íntimas de su infancia. En agradecimiento, le aseguraban que esto les serviría de mucho como tema de meditación e incluso para los sermones.

De 1869 a 1892 tuvo a su cargo diversas clases y a veces junto a la docencia ejerció la función de inspector. Uno de sus alumnos durante los últimos cinco años de esta época, quien ingresó en nuestra congregación, expresa así sus impresiones de alumno: “yo recuerdo gratamente impresionado su gran afabilidad con los niños, su cortesía, su sencillez, la manera de reprender sin herir la susceptibilidad, el buen ejemplo en todo y lugar sobre todo en la capilla. Me impresionó fuertemente su unión con los Hermanos, sus colaboradores, y por la deferencia con que los trataba, su modo de inculcar la piedad, se servía de todos los medios para procurar la salvación de las almas y que le amen a Nuestro Señor Jesucristo.

Grande era la devoción a san José. Cuando llegaba el mes de marzo, nos excitaba a celebrar con mucho fervor, nos recordaba el poder del santo Patriarca en el cielo. Nos invitaba a preparar, a dirigir a este protector de las almas pura, una cartita, para exponerle las gracias que solicitábamos. Y personalmente pasaba por las clases para recoger estas misivas. El último día del mes, nos reunía a todos los alumnos en el patio de la escuela y organizaba una pequeña fiesta en honor de san José. Era infaltable ver al Carísimo Hermano Miguel, rebosante de entusiasmo y satisfacción; era el centro de la alegría. Enseguida se entonaba algunos hermosos cánticos y se quemaba, cantando las cartas delante de la estatua del santo. Con este método intuitivo comenzamos a entender que la oración se eleva hacia el cielo como el humo del incienso. Yo afirmo con toda seguridad que tales experiencias piadosas han quedado grabadas en mí, y lo mismo en mis compañeros de entonces. ¡Ah! cuánto bien puede hacer un Hermano educador y apóstol.”

Había organizado y él mismo dirigía la congregación del Sagrado Corazón de Jesús, cuyas sesiones las teníamos el sábado, o domingo o el primer viernes del mes. Explayaba todo su celo por propagar esta saludable devoción; explicaba a sus alumnos las admirables promesas hechas por el divino Corazón a aquellos que lo honren, y las hacía aprender de memoria. Aprovechando de esta oportunidad, ejercitaba a sus discípulos a vencer el respeto humano manifestando públicamente su fe, y enarbolando, en ciertas circunstancias, las insignias de su cofradía.

El maestro, el docto y el religioso se unían y compenetraban en una armonía perfecta en la persona del Carísimo Hermano Miguel. Sus aptitudes excepcionales, su dedicación asidua en el trabajo, le permitieron destacarse en su país, como en el Instituto, en muy importantes servicios. Los Superiores aprovecharon estas disposiciones, y sin descuidar las actividades como profesor en ciertas horas, se ocupaba activamente de la marcha progresiva de las clases en Quito, mientras se ocupaba también de las funciones de subdirector, y se arregla para dedicar horas para la redacción, la traducción y publicación de numerosas obras clásicas, extremadamente útiles y preciosas para nuestros establecimientos de América del Sur. Citaremos entre otras: un Silabario, la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, como libro de lectura corriente; una Gramática castellana, dividida en tres cursos: elemental, medio y superior; el Catecismo diocesano, y más tarde el catecismo de Pío X, inacabado; la Aritmética igualmente en tres cursos y el libro del maestro; la Urbanidad cristiana, traducción correcta de la obra de nuestro santo Fundador; la Geometría, incluido el libro del maestro; los Elementos Álgebra; un Tratado de prosodia, literatura, retórica y poesía; dos o tres manuales de piedad para el uso de los niños con numerosos cánticos espirituales, varios de ellos de su propia composición en cuanto a la letra, en fin algunos poemas religiosos. A la época de la Beatificación del nuestro Padre y Fundador, tradujo al castellano la Vida, compuesta por M. A. Ravelet.

Todas estas obras muy apreciadas por los hombres más cultos y competentes en el Ecuador, valoraron a nuestro cohermano, sin que jamás, por eso haya buscado una reputación, aun cuando fue nombrado miembro de la Academia española de Quito, permitiéndole ser uno de sus miembros y lo hizo con la autorización de los Superiores, cuya recepción solemne fue en nuestra misma casa, contó con la presencia de su Excelencia doctor Cordero, Presidente de la República y pariente suyo, todos los miembros de la Academia estaban presente en este acto público. La profunda humildad y admirable modestia del nuevo elegido no se vio afectada por este homenaje, y lo atribuyó a la honra de Dios y de su Instituto.

Ante todos estos acontecimientos en su vida, el Carísimo Hermano Miguel, profeso desde 1882, fue invitado por el Honoralísimo Hermano José, a representar en Roma al distrito del Ecuador, a fin de asistir a las fiestas de la Beatificación del Venerable de la Salle. Allí conoció a un eminente escritor colombiano, el señor Cuervo, lingüista de renombre y ferviente cristiano, que se entrevistó con él, para continuar luego con una afectuosa correspondencia. Muy a menudo y con una profunda alegría, nuestro querido cohermano, solía contar estas impresiones de esas inolvidables solemnidades.

Tres años más tarde participaban en los Grandes Ejercicios, organizados por primera vez en Quito, en los claustros del Seminario Menor, bajo la dirección del Hermano Sardien Ángel, Visitador. Uno de los participantes de este retiro escribe: “Fue allí donde tuve la ocasión de conocer mejor el alma que animaba a este cuerpo frágil, ciertamente a los ojos humanos, pero donde se consumía la llama ardiente del amor divino. Durante una de las recreaciones extraordinarias que se permitieron en el retiro, el Hermano Visitador que lo presidía, le dio la palabra. El Carísimo Hermano Miguel nos habló con tanta convicción que nos hizo derramar lágrimas. Nos dimos cuenta de cuán cierto es la Palabra del Evangelio: “La boca habla de la abundancia del corazón”. Es decir, qué bien había aprovechado su alta espiritualidad, donde se reafirmaba todavía las disposiciones sobrenaturales que nunca había dejado de cultivar y acrecentar por su aplicación constante a la práctica de nuestras santas reglas.

De 1892 a 1901, nuestro querido cohermano ejerció la docencia de manera transitoria, más se ocupaba de la composición y traducción de obras clásicas de las cuales ya hemos hablado.

Todas sus virtudes y méritos de amplia divulgación hacían pensar que estaba destinado a hacerse cargo de importantes funciones. Perfectamente sumiso a las decisiones de la obediencia, el humilde religioso se adelantaba para presentar respetuosamente al Carísimo Hermano Visitador, para persuadirlo que no estaba dotado para ejercer empleos importantes, a causa de su enfermedad que le dificultaba desplazarse. No se juzgó oportuno acceder a sus sugerencias, y fue mantenido en su cargo más o menos dos años. “Imperecedero es el recuerdo que conservamos de la dicha que hemos tenido de vivir junto a este hábil maestro, escribe unos de sus antiguos novicios. Empleaba todos los medios para hacer de sus novicios verdaderos discípulos de san Juan Bautista de la Salle. Consagraba una hora diaria, para la explicación de la Regla. Exigía su exacto cumplimiento. Para conseguir este fin no usaba ni el rigor, ni el castigo, solamente una exquisita dulzura, de tal manera que nadie se podía resistir a sus órdenes, ni resistir a cumplir lo mandado con tanta bondad. Así el silencio, punto de regla tan difícil para los adolescentes, era escrupulosamente observado, porque el Carísimo Hermano Miguel lo solicitaba luego de haber explicado cuidadosamente el capítulo XXII. Insistía que reinara entre nosotros la más grande caridad, que se observe como un punto de soberana importancia; era muy raro que un novicio hiriera la caridad incluso con una palabra desconsiderada o picante, y cuando esto sucedía el culpable pedía públicamente perdón y abrazaba al ofendido en señal de fraternidad.

La humildad era otra de las virtudes cultivadas en el noviciado; y ¿cómo no ser humildes, los discípulos de un maestro tan humilde como era él mismo? Se le veía todos los viernes y las vísperas de fiestas, comer de rodillas, besar los pies de los novicios, pedir de limosna un pedazo de pan, etc. Jamás le escuché hablar de sí mismo, para atraer la estima y reconocimiento de los demás, y si alguien se le felicitaba del acierto de sus obras, su virtud y su saber, buscaba la forma de cambiar la conversación, y si no conseguía, se excusaba o guardaba silencio, ruborizándose al ver herida su humildad. Gustaba leer a los novicios las noticias necrológicas de nuestros hermanos difuntos, las circulares de los Superiores y otros escritos publicados por el Instituto. Es necesario, les decía, que ustedes conozcan y amen más y más nuestro Instituto, que ustedes se esfuercen por ser dignos del nombre de Hermanos de las Escuelas Cristianas.

En septiembre de 1903, el Carísimo Hermano Miguel deja la dirección del noviciado para tomar provisionalmente la de la casa de la Sagrada Familia, en Quito, durante un año, después de la cual, se dedicará a la docencia hasta 1906, fecha en la cual se nombrado prodirector. En el mes de abril de 1907, la necesidad de unificar los textos escolares, para todos los países de habla española, donde los Hermanos están establecidos, es llamado algunos meses a París, y un año a Lembecq, para de ahí ir a residir en el Noviciado Menor de Premiá de Mar, en España, lugar donde prematuramente terminaría su laboriosa y fecunda carrera.

Pero antes de recordar esta muerte tan edificante y santa, conviene decir algo de su comportamiento religioso tan edificante de nuestro querido cohermano. Se puede decir sin exageración que se aplicó a la práctica de todas las virtudes de nuestro estado. Entre las cuales brillaba de manera visible la humildad, por lo cual buscaba con preferencia las situaciones más oscuras, y aceptaba con una alegre resignación y afablemente las humillaciones, citando a San Bernardo, como el camino seguro y firme para adquirir esta virtud, fundamento de todo edificio espiritual.

Otra de las circunstancias ya mencionadas donde él la manifestó, es cuando el Consejo general de Instrucción pública, la Academia, la Municipalidad y el gobierno le dirigieron al Carísimo Hermano Miguel, felicitaciones y elogios, él manifestó en su actitud, su fisonomía y sus palabras, que el mérito se lo atribuía únicamente a Dios y a él sola la gloria. Cada vez que de las personas le venían honores y alabanzas, espontánea y sencillamente actuaba de esta, manera; pero particularmente cuando relievaban su modestia tal fue en su recepción como miembro correspondiente de la real Academia española, y cuando el Cónsul General de Francia el entregó oficialmente, de parte del Ministro, las Palmas oficiales de la Academia.

Esta abnegación de sí mismo nuestro querido cohermano la mantenía en un continuo recogimiento y en un espíritu de oración. Con frecuentes jaculatorias, renovaba la presencia de Dios. Como expresión de fe, constantemente, elevaba su alma al Señor, y se le veía besar el crucifijo y algunas imágenes piadosas, que adornaba su escritorio. Cuando salía de un ejercicio a otro, en las salidas a la ciudad, en los viajes a caballo, en ferrocarril, su oración era permanente y el rosario entre sus dedos.

El alma del Carísimo Hermano Miguel, toda absorbida en Dios, encontraba sus delicias en sus comunicaciones íntimas con Jesús Eucaristía, particularmente en la divina comunión que era cotidiana. Un Hermano que vivió mucho tiempo con él, había observado de manera notable que retornaba al Sagrario y se prosternaba en una profunda adoración, y enseguida tomaba en sus manos su crucifijo, lo contemplaba largamente, rendir homenaje con amor a las cinco llagas de nuestro adorable Redentor. Sus visitas al Santísimo Sacramento, sea abismaba en presencia del Prisionero de amor, se arrodillaba delante del altar de la Santísima Virgen, de san José y de san Juan Bautista de la Salle.

La devoción de nuestro querido cohermano hacia la Reina del cielo era todo filial. Sin perjuicio del rosario que recitaba todos los días, utilizaba también el rosario de la Inmaculada Concepción que ocupaba sus raros momentos libres. Recomendaba particular devoción a los niños como medio infalible para guardar la pureza. Se preparaba a las fiestas de

María de una manera fuertemente edificante, cuando era director, aprovechaba de estas circunstancias mucho más para excitar y multiplicar las manifestaciones de amor a la buena Madre. Profesaba un culto muy especial al Niño Jesús de Praga, y se encomendaba las causas difíciles, y decía que nuestras esperanzas jamás serán desechadas.

El amor divino embargaba el corazón del Carísimo Hermano Miguel y ocupaba sin cesar todas sus facultades. Más de una vez, durante las recreaciones, se notaba contrariado y reprobaba si no se habla de Dios y su obra; esperaba con cierta impaciencia el dichoso momento de conversar nuevamente de tratar temas de satisfacción para su alma, cuyo objetivo principal era la virtud, la piedad, la santidad. En las oraciones de la comunidad, su voz dominaba, clara, dulce y penetrante. Su rostro siempre modesto revelaba su alto grado de fervor que mantenía.

Este religioso educador, atribuía a la oración capital importancia. Gustaba estar en la capilla, vigilar a los niños durante los ejercicios de piedad. En su afán de ver rezar, exigía que cada uno tenga un libro o un rosario, y había siempre bajo la mano un cierto número de manuales de devoción que distribuía a los que estaban desprovistos. Indicaba en alta voz las páginas donde se encontraban las oraciones a decir, o bien repetía las palabras del Ave María para llamar la atención a los que estaban distraídos. De su parte rezaba tan ardientemente que los alumnos conservaban una cierta veneración y parecían decirle: Nuestro profesor es un santo.

Lo que parecía ser dominante en el Carísimo Hermano Miguel era su perfecta regularidad; era, en efecto, como una regla viviente; observaba hasta los menores puntos con exactitud. Su unión con Dios por la oración incesante y habitual recogimiento, era la práctica frecuente y fácil, la práctica del silencio. Jamás una palabra inútil, y fuera de la recreación, si tenía que hablar con un Hermano, jamás comenzaba sin antes haber dicho: Viva Jesús en nuestros corazones. De sus labios, nada de palabras de críticas o de murmuración, y si a veces, veía que alguno había olvidado, él de esta manera, manifestaba su pena: guardando silencio o se esforzaba por cambiar el tema de la conversación, o recordando esta máxima del Evangelio: “No juzguemos jamás, no condenemos y no seremos ni juzgados ni condenados”.

Este amor a la regularidad le hacía encontrar a nuestro querido cohermano ingeniosas estrategias para excusarse cuando las circunstancias le exponían a faltar a la Regla. Dos veces, entre otras, rehusó la invitación a descansar fuera de casa, pero con un buen gracejo que edificaba mucho hacía desistir a los ilustres personajes que le invitaban; la primera vez, se trató de Monseñor González Calisto, arzobispos de Quito que invitó a una comida en un día de fiesta; la segunda vez, fue el señor Menéndez, enviado extraordinario del rey de España, quien en su calidad de académico, reunió en un banquete a los miembros de la Academia de Quito, y los miembros correspondientes de la real Academia de Madrid. El digno religioso supo separarse cortés y discretamente de un visitante inoportuno, al momento que tocó la campana para los ejercicios.

No era solo en estas circunstancias excepcionales que lo hacía, también actuaba de igual modo cuando circulaba en las calles de Quito, mantenía siempre los ojos bajo. Jamás miraba el rostro de una mujer, en su porte externo observaba escrupulosamente las prescripciones de nuestras santas Reglas acerca de este asunto. Por consecuencias de su enfermedad de los pies, enfermedad permanente, no podía movilizarse más que con mucha dificultad solo y sin sufrimiento, de un lado a otro. Entre sus cohermanos se prestaban para brindarle este servicio y se sentían honrados de hacerlo, diciendo: “He aquí un injerto de un buen árbol, y pienso acertadamente que se pegará alguna cosita de su virtud”. A lo que respondía en reconocimiento graciosamente: “Estimado amigo, este brazo que ayuda brillará con más esplendor que el otro. A pesar de la dificultad de movilización, daba ejemplo de puntualidad a la levantada matinal, a la lectura de la Imitación que precede a la oración. Decía que a veces tenía tentación de faltar a este punto: “Apenas escucho el primer toque de la campana, estoy de pie; incluso, usted verá que jamás estoy atrasado”. Cuando el familiar del querido cohermano, célebre poeta ecuatoriano, como él originario de Cuenca, llegó, por méritos propios universalmente reconocidos, a la presidencia de la República del Ecuador, le envió una carta, con estas palabras: “Luis Cordero, Presidente de la República, espera mañana a las tres de la tarde, la visita del Hermano Miguel Cordero”. En la entrevista, su Excelencia mostró la más grande afabilidad, prodigándole elogios a su humildad religiosa y a sus obras de enseñanza, le manifestó también su deseo en verlo producir nuevas, en grande beneficio de los estudiantes. Dejó entrever, al mismo tiempo, la concesión de todas las garantías necesarias para el buen funcionamiento de nuestra Congregación en el Ecuador.

Con las personas externas, nuestro modesto cohermano mantuvo una reserva extrema. Jamás habló de sí mismo, ni en bien ni en mal, y cuando se enumeraban sus cualidades y sus obras literarias, se limitaba a responder: “todo esto no son más que dones que reflejan las perfecciones divinas, es de manera gratuita que Dios nos ha provisto, y en todo caso que sea todo para su honor y gloria”. Estimaba en mucho entretenerse con los humildes y pobres con quienes usaba un trato muy afable. Si un niño le saludaba, contestaba graciosamente su saludo dirigiéndole algunas palabras edificantes. Cuando en el campo, se encontraba con un campesino, le saludaba según la costumbre, con un “Alabado sea el Santísimo Sacramento”, se descubría al mismo tiempo respondiendo: “Que sea alabado por siempre”.

A ejemplo de todos los santos, el Carísimo Hermano Miguel no descuidó la mortificación a su cuerpo, su edificio espiritual. Bien que su salud siempre fue precaria, no se quejaba de los sufrimientos que soportaba. Durante su estadía en la Casa Madre de Lembecq, el clima de Bélgica, tan diferente del de su país, le incomodó un poco, pero no se quejó. No pidió nada en particular, y aceptaba todo como reconocimiento del trato caritativo de los Superiores. Algunos

sufrimientos físicos a los que estuvo sujeto le demacraron el rostro, sin embargo, expandía una alegría celeste y una permanente sonrisa. Durante el descanso, comía lo que le servían, sin preocuparse si los alimentos estaban bien o mal preparados. Un Hermano comenta que un día habían servido un plato de comida, en cuya preparación el cocinero sin darse cuenta había puesto azúcar en lugar de sal. “Mi querido Hermano, respondió, lo he comido sin darme cuenta si estaba salado o azucarado”.

Cuando en 1907, dicen sus superiores: “juzgamos oportuno recurrir a la abnegación de nuestro querido cohermano, para confiarle trabajos especiales, y dejar su país y sus amistades del Ecuador, a fin de consagrar exclusivamente a la revisión de obras anteriores y a la composición de libros de textos escolares de lengua española que se trata de editar.” Trabajar según sus fuerzas y sus talentos para la gloria de Dios y en beneficio del Instituto era su ambición. Se puso manos a la obra su celo de siempre. Como hablaba y escribía el francés a la perfección, y podía fácilmente traducir el inglés e italiano, estaba en condiciones utilizar todos sus conocimientos y recopilar una abundancia de documentos.

En París, donde el Carísimo Hermano Miguel había residido desde el 10 de abril al 15 de julio de 1907, y en Lembecq donde residió hasta el 7 de julio de 1980, fuera de las recreaciones y de los ejercicios regulares, estaba constantemente en su escritorio, donde trabajaba y oraba. Delante de él está expuesta una imagen que le recuerda la devoción del mes, dos o tres otros relativos a sus devociones particulares, en fin una ficha nemotécnica donde están escritas sus resoluciones de la semana y del día. No se ocupa más que de lo que pasa en la casa, no habla jamás, de lo que ha hecho. Por otra parte está presto a todo lo que le parece que no es ninguna voluntad personal.

La necesidad de asegurar un clima más benigno se busca un lugar más propicio en España, el Noviciado Menor de Premiá de Mar, cerca de Barcelona, donde trabaja algunas horas cada día. Apenas habían transcurrido algunos meses cuando estalla la revolución que hace temblar a esta provincia, y es motivo para vivas inquietudes sobre la salida de nuestras comunidades de la región. El Carísimo Hermano Miguel quien ya era considerado por todos como un santo no perdió la fe y confianza en la divina protección, y soporta heroicamente esta prueba acompañó a los novicios menores en su éxodo momentáneo, sosteniendo el ánimo y buscando un lugar seguro rezando a Nuestra Señora del Puerto, a quien invocan fervorosamente en este período de angustia.

El Hermano Miguel, retoma valiente y alegremente sus trabajos bajo la dirección de la obediencia, cuando a inicio de febrero de 1910, fue atacado de una gripa que pronto degeneró en neumonía infecciosa. Los mejores cuidados pronto fueron prodigados, pero su cuerpo ya deteriorado por las labores y la austeridad ya no resistieron a la enfermedad. El avance del mal fue tan rápido que llegó al extremo. Comulgaba todos los días, y el lunes 7 de febrero, habiendo comulgado en ayunas, recibió sin embargo a la tarde nuevamente la comunión en viático y enseguida la extremaunción.

En medio de todo conservaba todos sus conocimientos y su lucidez en medio de los sufrimientos. Manifestó durante estos últimos días una paciencia y resignación admirable y paz perfecta. Un Hermano compatriota, le preguntó si dejaría inacabados sus obras, y sonriendo respondió: “Si Dios quiere estos trabajos continuarán, Él inspirará los medios a algún Hermano, y sabrá sacar de las mismas piedras hijos de Abraham”. El Hermano Director habiéndole pedido lo que quería que le dijera al Hermano Asistente, y respondió: “Anúnciele que yo hago el sacrificio de mi vida por el Instituto, su difusión en el Ecuador y la cesación de la persecución contra la enseñanza cristiana”. A las oraciones de los moribundos, contestó con fervor y dejó de hacerlo cuando el sacerdote que presidía, le dijo que no se fatigara. Enseguida, los asistentes rezaron el rosario, mientras que los novicios menores lo hacían en las clases.

El querido moribundo decaía más y más; se le sugirió las invasiones en uso del Instituto y asentía con movimientos de sus labios, pues ya no podía hablar. El capellán le aplicó la indulgencia in articulo mortis, repitió las oraciones de los agonizantes y renovó por tres veces la santa absolución. Poco después al murmullo del rosario cuyos cohermanos lo recitaban, el Carísimo Hermano Miguel expiraba sin esfuerzo, y entró pasiblemente en la eternidad, el miércoles 9 de febrero de 1910.

Durante las dos noches siguientes, todos los Hermanos de la casa se disputaron el honor de vigilar de cerca los despojos del querido difunto; durante el día, los niños vinieron por clases, a rezar el rosario delante del cuerpo de su muy amado profesor, a los cuales les hacían tocar el rosario por veneración; alguno que otro incluso arrancharon algunos pelos que los conservan como reliquias.

No obstante la coincidencia de otro entierro, los funerales del Carísimo Hermano Miguel fueron una manifestación en la cual asistió casi toda la población de Premiá, se unieron a los sentimientos de pesar y oraciones de la comunidad, y en actitud reverente acompañaron hasta la última morada del santo religioso. Ni bien llegó la noticia del fallecimiento del Hermano Miguel al Ecuador, fue un duelo general y público; todos los periódicos de la República sacaron artículos de elogio, y un servicio fúnebre fue celebrado en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, en Quito, donde uno de sus antiguos alumnos, el señor presbítero Luis Escandón, pronunció una elocuente oración fúnebre en presencia del señor Obispo de Portoviejo. El señor Obispo de Ibarra, igualmente antiguo alumno del cohermano fallecido, hizo llegar sus sentimientos de condolencia, con la promesa de sus oraciones y de los santos sacrificios.